

## TECNICA Y CULTURA

POR

ADOLFO MAILLO

### UN LIBRO Y UNAS REFLEXIONES

La lectura de *La Technique ou l'enjeu du siècle*, de Jacques Ellul, profesor de la Facultad de Derecho de Burdeos (1), nos ha movido a hilvanar estas páginas, que no intentan ser una crítica de dicho libro, sino simplemente una serie de comentarios en torno a las sugerencias producidas por su contenido.

Se trata, sin duda alguna, de la obra más importante relacionada con un tema que constituye hoy motivo común de reflexión de cuantos se preocupan por la suerte de un mundo conmovido y atormentado.

### I

## TECNICA Y ECONOMIA

### TÉCNICA Y MÁQUINAS

“Quien dice *técnica*, piensa espontáneamente en la *máquina*—dice Ellul—. Nuestro mundo es considerado siempre como el mundo de la máquina... Es verdad que a partir de la máquina se ha desarrollado todo lo demás. Es verdad que sin la máquina el mundo de la técnica no existiría. Pero explicar así esta situación no la legitima en absoluto... La técnica se ha hecho ahora casi completamente independiente de la máquina y permanece muy detrás respecto de su hija. Es necesario señalar, principalmente, el hecho de que la técnica se aplica ahora a dominios que apenas tienen que ver con la vida industrial. La extensión de su poder es actualmente extraña a la extensión de la máquina. Y la balanza parece más bien haberse invertido: es la máquina la que hoy depende enteramente de la técnica y no la representa sino en una pequeña parte.”

---

(1) Jacques Ellul: *La Technique ou l'enjeu du siècle*, pág. 399. Librairie Armand Colin. París, 1954.

Así comienza su libro *Ellul*, combatiendo una idea muy extendida. Para él, si la técnica se redujese a la máquina, se plantea un problema de relación: "La máquina sigue siendo un objeto, y el hombre que, en cierta medida, es influido por la máquina (aun en una medida amplia: en su vida profesional, en su vida privada, en su psiquismo), permanece cuando menos independiente: puede afirmarse fuera de la máquina; puede tomar una posición respecto de ella. Pero cuando la técnica entra en todos los dominios y en el hombre mismo, que se convierte para ella en un objeto, la técnica cesa de ser objeto para el hombre y pasa a ser su propia sustancia: no se coloca ya frente al hombre, sino que se integra en él y progresivamente le absorbe... Esta transformación que nos es dado contemplar hoy es el resultado de que la técnica se ha hecho autónoma."

#### CIENCIA Y TÉCNICA

Los defensores optimistas de la "cultura desinteresada", para quienes no existe peligro en el desarrollo técnico porque, al cabo, la técnica no es más que la aplicación de las verdades generales descubiertas por los hombres de ciencia, tienen un tema de discusión en el punto de vista de *Ellul*. Para él, "este enfoque tradicional es radicalmente falso... Históricamente, la técnica ha precedido a la ciencia. El hombre primitivo ha conocido técnicas. En la civilización helénica, llegan pronto las técnicas orientales, no derivadas de la ciencia griega. Por tanto, la relación ciencia-técnica debe ser invertida".

Lo que ocurre es que "la técnica no alcanzará su cima histórica más que cuando intervenga la ciencia. Entonces, la técnica deberá atender a los progresos de la ciencia".

No entramos ni salimos en la posible discusión de un asunto que probablemente, como ocurre en tantas ocasiones, ha de resolverse acudiendo a la relación estructural de "complementariedad recíproca", y no a la vieja categoría de causa, origen de no pocos malentendidos. (Nos parece que asistimos ahora a una revisión de las categorías o predicados del pensar, cuyo alcance ha de ser incalculable. La categoría de causa, en auge por la boga del pensamiento científico-natural, ha recibido, en los últimos trescientos años, una aplicación abusiva, particularmente en las llamadas hoy "ciencias del hombre". Pero todo esto es largo de contar.)

La crítica que seguidamente promueve *Ellul* contra *Toynbee*, se

gún el cual acaba de terminar la “era técnica” y hemos entrado en la “edad de la organización”, se funda en el uso restringido que el historiador británico hace del término, identificando técnica y máquina. “La edad técnica prosigue en realidad—dice Ellul—y no podemos afirmar que esté ya en su apogeo. Es, por el contrario, previsible que le queden aún algunas conquistas por hacer—el hombre, entre otras—y no se vislumbra qué obstáculos impedirían a la técnica conseguirlas.”

### ¿QUÉ ES LA TÉCNICA?

El problema radica en saber qué es el hecho técnico, lo que él tiene de peculiar, de irreducible, de característico. Ellul rechaza, por incompletas, las definiciones de Mauss, Fourastié y Friedmann, por entender que se refieren sólo a la producción económica.

Huyendo de la Técnica, con mayúscula, se refugia en el “fenómeno técnico”, que es “la preocupación de encontrar en todas las cosas el método absolutamente más eficaz”. “Se trata de encontrar el medio superior en absoluto, es decir, fundándose en el cálculo, en la mayor parte de los casos.”

Un concepto análogo, aunque más riguroso, es el de Marcel: “Una técnica es una habilidad especializada y racionalmente elaborada” (2). En íntima relación con tal idea se encuentra aquella otra para la cual la técnica es un medio o un sistema de medios, con independencia de los fines. El fenómeno técnico—dice Ellul—puede resumirse como la “busca del mejor medio en todos los dominios”.

Pero un medio sólo se justifica en función del fin que persigue. Decir, como hace Ellul, que “nuestra civilización es, desde luego, una civilización de medios y parece que en la realidad de la vida moderna los medios son más importantes que los fines” es una verdad a medias, que no por difundida deja de ser errónea. No es que el hombre contemporáneo carezca de fines y objetivos, tanto en sus actividades de todo orden como en lo íntimo de sus pensamientos. Lo que ocurre es que ha sustituido los fines trascendentes por otros de índole inmanente; los objetivos espirituales, por otros de carácter materialista y utilitario. Se trata, pues, de una perversión de los fines, pero en manera alguna de un afán de enfrascarse en los medios en cuanto puros medios.

---

(2) Gabriel Marcel: *Decadencia de la sabiduría*, pág. 24. Emecé Editores, S. A. Buenos Aires, 1955.

No es casual que la mayor parte de los autores que se han ocupado en esclarecer los problemas que plantea la técnica hayan incidido en señalar el carácter relevante de las cuestiones atañedoras a la producción de bienes materiales. Es verdad que antes de la revolución industrial estaba maduro el tiempo para el clima utilitario de la producción ilimitada y el lucro indefinido, el tiempo en que, como ha dicho Paul Hazard, el “honor caballeresco” fué sustituido por el “honor mercantil”.

Pero es innegable que los inventos técnicos que dieron nacimiento a aquel fenómeno ocasionaron toda la constelación de cambios económicos, políticos, sociológicos, psicológicos y educativos que han dado fisonomía definitiva a la Modernidad.

Es probable, sin embargo, que se trate sólo de la aplicación a nuevos objetivos del “impulso de dominio” propio del hombre. Las energías que antaño polarizaban las contiendas bélicas se centraron sobre las riquezas, de tal modo que el “capitán de empresa” y el *businessman* no son sino los sucesores directos del caballero y el paladín de tiempos anteriores. Acaso en unos y en otros latía un idéntico impulso de poderío.

Sin embargo, una transformación notable había ocurrido en los horizontes: las perspectivas y las expectativas humanas, que dieron lugar a la aparición de un sentimiento de la vida radicalmente distinto. Desde la Edad Media, por obra del cristianismo, la relación del hombre con la Naturaleza estaba teñida de respeto, casi de temor. Cuando el espíritu fáustico del hombre occidental pudo surgir con plenitud, a merced de la progresiva “desdivinización del mundo”, iniciada por el Renacimiento y más aún por la disolución de la metafísica y el orto del nominalismo, la *relación contemplativa* del hombre con el cosmos físico es sustituida por una serie de *relaciones funcionales*, en las que actúan de *abstractum* el poder y la utilidad.

Es entonces—aproximadamente hacia mediados del siglo XIX, por los días en que la revolución de 1848 señaló una nueva etapa política y el “Manifiesto comunista” formuló el programa de la futura dialéctica de las “clases”—cuando se da el tempero propicio para que la Técnica hinche las velas de una Humanidad conquistadora y optimista, que creía en el progreso indefinido acuñado por los ideólogos liberales de la burguesía prepotente, sojuzgaba y “colonizaba” territorios para ampliar sus mercados y procedía a sustituir,

como ha dicho Friedmann, en todo el globo, el “medio natural” por el “medio técnico”, florón de una cultura ganada por los ídolos de la riqueza y el poder.

Hoy mismo, la extensión universal de tales postulados—que suelen enmascararse siempre con una bella retórica “humanista” y filantrópica—ha llevado los logros y los problemas del “mundo técnico” a los cinco continentes; ha extendido a la administración, la política, la educación, los ocios y las aspiraciones de todos los hombres “civilizados” los principios de la técnica y ha convertido a la “productividad” en lema de la vida universal, porque una Economía de producción en masa se afana en vano para satisfacer las necesidades más elementales de millones de hombres (3).

La aplicación a otros campos del postulado de la “economía de tiempo y de materias primas”, que es el *leit motiv* de la técnica y la mecanización de los procesos de producción, no significa sino que el *dominio de la Naturaleza*, objetivo ya insuficiente, se continúa con el *dominio del hombre*, al que se le niega prácticamente el derecho a ser persona, en cuanto centro de libertad y autodeterminación. Es el mismo impulso de dominio que el hombre, “último animal de presa”, según Spengler, ejercita, libre ya de los diques que le oponía una concepción religiosa de la vida.

## II

### TECNICAS DEL HOMBRE Y CULTURA

#### EL ESTADO Y LA TÉCNICA

Jacques Ellul señala, certeramente, la inadecuación que existe entre el Derecho que sirve de almacén conceptual a los Estados actuales y las necesidades políticas de unas sociedades que no sólo han crecido en población, sino en lo que podríamos llamar su “problemática de convivencia”. Y como hay que resolver las cuestiones planteadas por una convivencia que se ha hecho “crítica”, en más de un sentido, la “administración” colma las lagunas que deja un derecho pensado para sociedades mucho más simples. Esta hipertrofia de la “administración”, que es una verdadera sustantivación de lo adjetivo, se verifica todos los días ante nuestros ojos y va contra aquella soberanía de las decisiones, aquel “primado del po-

---

(3) Véase A. de Castro: *Géographie de la faim*. Editions Ouvrières. París, 1952, *passim*.

der”, que corresponde, por la naturaleza de las cosas, al político. A este movimiento contribuye también la complicación y el crecimiento de los asuntos a resolver en comunidades políticas cuya problemática jurídica es predominantemente “administrativa”. Si a ello unimos el inevitable concurso de las máquinas y los procedimientos mecánicos utilizados en la administración, observaremos la extensión a la vida política de los postulados de la “organización”, es decir, de la técnica, en su versión sociológica o política.

Parece estar en la entraña de la evolución a que asistimos la hegemonía progresiva de la técnica sobre la política, y no en el sentido de una “tecnocracia” de especialistas, sino, en el más modesto y general, de una burocracia que, aun integrada en mucha parte por técnicos, al entrar en el engranaje burocrático, pasan a ser preferentemente burócratas, cuya técnica empieza a ser meramente administrativa. Cada día más la política queda prisionera entre las mallas de una administración gigantesca y tecnificada.

#### LA MASIFICACIÓN DE LA SOCIEDAD.

Para Ellul, la sociedad de masas en que vivimos es una consecuencia de la técnica. “El proceso de masificación no tiene lugar porque el hombre actual es hombre de masas, sino por razones técnicas. En el nuevo cuadro que se le impone, el hombre se convierte en hombre de masas porque no puede permanecer largo tiempo en desacuerdo con su medio. Esta adaptación no se ha realizado todavía. Y las recientes investigaciones de la Sociología psicoanalítica muestran precisamente este hiato entre el hombre y la sociedad colectiva.”

“Nuestra civilización afirma todavía (y esto es lo que los hombres creen) una ideología cristiana secularizada que concede el primer lugar a las relaciones de fraternidad, pero las estructuras de este mundo y sus normas reales se encuentran justamente en el extremo opuesto: la regla fundamental es la de la competencia económica, política o de clase. La competición se extiende a las relaciones sociales y humanas, de amistad o de sexo. El desequilibrio entre la afirmación tradicional y el criterio nuevo provoca el clima de ansiedad y de inseguridad característico de nuestra época y de nuestras neurosis. Este desequilibrio corresponde exactamente a la oposición entre la sociedad individualista y la sociedad de masas.”

Pero ¿en qué consiste esta masificación, esencialmente? Según el

autor, en “la desaparición de toda comunidad”. Es evidente que la familia ha sufrido un rudo golpe, no por obra de ningún credo político que se lo haya propuesto, sino por exigencias de la técnica y la economía, que han obligado a la mujer a desplazarse del hogar para acudir a la fábrica o a la oficina, que han reducido los hogares, en gran parte, a hospederías donde se come de prisa, se duerme poco y se permanece un tiempo incompatible con la formación de una comunidad familiar.

Así los hombres se convierten en átomos insolidarios, en los que la fatiga y la carencia de ocio fecundo, así como de una vida afectiva, rica y personal, encuentran el terreno abonado para la propaganda, la conducción gregaria y el aturdimiento subconsciente en *boîtes* que regalan olvidos entre los acordes primitivos del *jazz*.

El fenómeno es mundial. Allí donde el hombre fáustico ha plantado sus reales, todo espíritu de comunidad, toda secuencia tradicional, han desaparecido, sustituidas por la misma agitación, la misma angustia, idénticas prisa y malestar. Parece como si el proceso hubiera de desembocar en una “masa mundial”, uniforme y deshumanizada, dirigida por un “Estado-Leviatán” análogo al que soñó Hobbes, en el que el individuo, la persona, no fuesen más que átomos con un número en su ficha, o en la espalda, como los antiguos galeotes.

#### TÉCNICAS DE LA DESPERSONALIZACIÓN

Preferimos este título al de “propaganda”, que emplea el autor francés, por razones fáciles de comprender. “El primer hecho a considerar es la conjunción aquí de dos categorías de técnicas muy diferentes, que dan nacimiento al nuevo sistema de técnica del hombre. La primera categoría es todo un conjunto de técnicas mecánicas—prensa, radio, cine, principalmente—que permiten entrar en comunicación directa con un número muy grande de individuos; que permiten, por otra parte, dirigirse individualmente a cada uno en el seno de una gran masa y que poseen un extraordinario poder de persuasión y de presión intelectual o psíquica. La segunda categoría es todo un conjunto de técnicas psicológicas y hasta psicoanalíticas, que permiten conocer con exactitud los resortes del corazón humano para obrar sobre él con gran certidumbre. Cierta número de medios han sido dispuestos de manera que operan el efecto deseado: se sabe que tal imagen producirá casi infaliblemente tal reflejo.”

A continuación, explana Ellul los principios de la reflexología y del psicoanálisis utilizados por la propaganda moderna, que tienden a producir un psiquismo unificado, del que las masas carecen. Los efectos de estas manipulaciones psicológicas son tres para el autor: la abolición del espíritu crítico, la creación de una adaptada conciencia colectiva y la acotación de una "zona sagrada" o "tabú", que es la presentada siempre como excelente y, por tanto, exenta de crítica.

"En el gran movimiento de *Piatiletka* (plan quinquenal ruso) no era la comprobación de ningún hecho lo que impulsaba a los obreros, sino la acción de la propaganda, la creación de un *universo verbal*."

Como resultado de esta acción domesticadora, "el hombre se convierte en un animal adiestrado que obedece a sus reflejos condicionados".

En armonía con estas realidades se encuentran las distracciones. La radio, que ha sido objeto de críticas frecuentemente por la baja calidad de sus programas y por el ruido, que impide el pensamiento personal, significa, para Ellul, un incomparable instrumento de aislamiento. "La radio, y más aún la televisión, encierran al hombre en un universo sonoro, en que está solo; ya no sabe lo que es un "prójimo", pues la separación entre los hombres se acentúa. El hombre adquiere el hábito de escuchar a la máquina y de hablar a la máquina (teléfono, dictáfono). No hay "vis-à-vis", no hay interlocutor, no hay diálogo. Escuchando y formulando un monólogo perpetuo, escapando a la vez a la angustia del silencio y a la molestia del prójimo, el hombre se refugia en el regazo de las técnicas, que le encierra radicalmente en la soledad y le tranquiliza al mismo tiempo de todas las mixtificaciones."

Es posible que Ellul exagere aquí. Pero es muy curiosa su descripción de los efectos del cine. Oigámosle: "Más bien que encontrar su fantasma, el hombre busca otros fantasmas en los que proyectarse y vivir lo que él hubiera deseado. El poder de impresión del cine le gana a tal punto que durante una hora o dos cesa de ser él mismo; su personalidad se funde, se diluye, en la masa anónima de los espectadores. Ahora no es más que una serie de choques que le hacen reír, llorar, admirar, amar. Es amante de la heroína, mata al traidor, manda al pusilánime, se convierte en un héroe. Su vida ha tomado bruscamente sentido. Mientras el teatro exigía un ejercicio intelectual y dejaba intacto al espectador capaz de juicio, el cine, por su realismo, integra al espectador en la órbita de la película.



Es necesaria una potencia intelectual o una educación poco comunes para escapar a esta presión. Pero el hombre que va al cine lo hace para huir de sí mismo y, por tanto, para aceptar esta presión. Encuentra en ella el olvido y, por ello, la libertad: esta libertad que no ha conocido en toda su jornada de trabajo, ni en su casa, hela aquí desplegada sobre la pantalla como miel sobre rebanada de pan. Lo que él no vivirá nunca, lo vive en el lienzo. Su libertad está allí. Y sin duda ésta fué siempre la gran escapatoria en el tiempo de hambre y de persecución, la escapada al sueño y a la esperanza... Cuando sale, se encuentra lleno de posibilidades vividas en la sombra, ha recibido su dosis de vida interior: sus preguntas se han transpuesto, son ya las preguntas que le ha planteado el *film*. No se trata ya de su vida, sino de la vida de los héroes, y tiene la feliz impresión de que estas preguntas (que ocupan todo el campo de su conciencia) son a la vez suficientes para ahuyentar las que eran angustiosas e irreales para no angustiarle.”

Los problemas que la convivencia ordenada plantea a los Estados modernos obligan a esa despersonalización, ya se trate del trabajo “en cadena”, ya de la necesidad de una Policía que vigile constantemente las actividades de los individuos. Sus juicios son en este punto terminantes. “Las técnicas policíacas, que se desarrollan a una cadencia extremadamente rápida, tienen por fin necesario la transformación de la nación entera en campo de concentración. Y no se trata de la decisión perversa de tal partido o de tal Gobierno.”

“La Policía no puede desenvolver su plenitud técnica más que ejerciendo un control total... Este fin supone la vigilancia paternal de todos, pero también la estrecha conexión con todas las técnicas administrativas, organizadoras y psicológicas.” Esto no es solamente exacto en un régimen dictatorial donde la Policía y la propaganda están centradas sobre el terror, sino también en un régimen democrático, en donde el cine muestra los buenos oficios de la Policía y la hace estimada de los ciudadanos. Y el círculo vicioso señalado por M. Bramstedt (el terror pasado acentúa la propaganda actual y la propaganda actual prepara el terror futuro) es igualmente verdadero en un régimen democrático, a condición de reemplazar “terror” por “eficacia”.

Los métodos científicos aplicados a la Policía son simplemente medios “técnicos”, como las fichas perforadas y las “hojas de puesta en observación”.

Para Marcel, se trata de un aspecto del desarrollo de la organización administrativa de los Estados actuales, que conduce a dos

resultados, al parecer inevitables, dada la evolución de las cosas: la pérdida de la intimidad, llegando a lo que él llama el estado de "desnudez social", pleno de temor, y la "dictadura policíaca, límite hacia el cual tiende toda burocracia que ha llegado a cierto grado de poder" (4).

Ellul, por su parte, justifica tal situación. "Encontramos completamente justificado este desarrollo—dice—. No podemos decir que, si la Policía se perfecciona, ello obedece a una voluntad maquiavélica del Estado o a una influencia pasajera. La estructura entera de nuestra sociedad la exige necesariamente. Cuanto más se movilizan las fuerzas naturales, más necesario es movilizar los hombres y es más necesario el orden." Pero el orden, añadimos nosotros, es cada día más difícil, tanto por la efervescencia de un querer individual anarquizado, como por la extrema "movilidad social" de unos cuadros estamentales dislocados y fluyentes hasta el máximo. Por otra parte, la inadaptación existente entre normas morales heredadas y la adecuación a las exigencias de la civilización técnica, junto a la destrucción progresiva de las comunidades elementales en que la personalidad se fraguaba al calor de la intimidad, la afectividad y la "distensión anímica", provocan numerosos desequilibrios de carácter y tendencias asociales, que hacen imprescindibles la vigilancia y la represión.

Probablemente Ellul silencia las técnicas de despersonalización y deshumanización más peligrosas. No sabemos hasta qué punto será estrictamente beneficiosa la tendencia universal a la supresión del dolor y la prueba; el "confort" y la "seguridad", convertidos en metas a las que aspiramos todos, con olvido práctico de que la tierra es "valle de lágrimas" y, en fin, aquella invasión de la técnica aun en los recintos más sagrados de la personal intimidad. Pensamos, por ejemplo, en la inseminación aplicada a la especie humana y en el "birth control" como postulado "científico" de la política de los Estados. Nos parece que llegamos aquí a los "casos-límite" de la deshumanización, en los que la "publicidad", por un lado, y la intervención del poder en la esfera más entrañada de lo humano, por otro, corren el peligro de "mecanizar", radicalmente, los territorios más vedados de la convivencia y de desembocar en un tipo de humanidad aberrante y monstruoso.

Es cierto que, paralelamente a este movimiento, y en estrecha

---

(4) Marcel: *El misterio del ser*, págs. 37-38. Buenos Aires, 1953.

coordinación con él, camina esa nueva ciencia que es la Cibernética. No cabe dudar que el tipo humano a que tienden ambos desarrollos es el *robot* dócil y deshumanizado.

#### EDUCACIÓN, CULTURA Y TÉCNICA

Piensa Ellul que la lógica immanente a la civilización técnica engendra un tipo de educación concordante con sus designios. En su virtud, la formación del hombre se mecaniza no sólo porque se sirve de los resultados de la investigación psicológica de índole experimental, sino porque está presidida por el criterio de la "adaptación" a una sociedad tecnificada.

Compartimos totalmente sus puntos de vista, agudos y certeros, a nuestro ver, cuando critica el postulado de la mensurabilidad aplicado a las ciencias del hombre, en particular a la educación. Marcel ha escrito también contra esta tendencia "experimental" que lleva a convertir a los alumnos en cifras que expresan los resultados de los tests. La educación, relación amorosa y creadora, en la que el "contacto espiritual" entre dos seres enciende las luces de la humanidad, se trueca así en una simple y mecánica "relación funcional", en una pura técnica sin alma. Los métodos, los medios, ocupan el lugar de los fines; pero unos medios degradados, abstractos, "matemáticos", de los que ha huído todo soplido de simpatía, de respeto y de amor.

Ellul cree que esta educación "conduce a crear hombres más equilibrados y más felices; no lo dudo. Pero aquí está precisamente su peligro. Crea hombres felices en un medio que debería hacerlos desgraciados, si no estuvieran trabajados, amasados, modelados por este medio. Lo que parece la cima del humanismo es precisamente la cima de la sumisión del hombre: se prepara al niño para que sea lo más exactamente posible lo que la sociedad espera de él... La gran palabra de las técnicas del hombre es ésta: adaptación".

Ello resalta en el desarrollo del trabajo lo mismo que en la preparación u orientación hacia la vida profesional. La orientación profesional no procura, según Ellul, más que preparar a los muchachos con arreglo a las exigencias del trabajo, es decir, con arreglo a las necesidades de la industria y del mercado. En cuanto a la adaptación a la profesión, ahí está la flamante ciencia de las relaciones humanas, por cierto "descubierta" ahora con beato asombro por algunos pedagogos españoles, para "racionalizar" las reacciones de

los hombres en cuanto convengan a los fines de la producción económica. Es decir, se trata de “tecnificar” las relaciones humanas en beneficio de la economía. Técnicas mecánicas y técnicas psicológicas tienden a la mayor eficacia del hombre, convertido en objeto.

Pero la gravedad del problema reside en que la misma cultura está sufriendo una reducción y una tecnificación. Para nosotros es evidente que está en crisis el concepto tradicional de cultura, entendiéndose por tal el sistema de evidencias y el conjunto de conceptos y convicciones que integraban el “saber desinteresado”.

En primer lugar, tal “saber de lo general”, de índole filosófica y literaria, está siendo desplazado tanto por el “especialismo” y el “tecnicismo” como por lo que Sergio Hessen llama “cultura industrial”. Más aún: podemos decir que se está formando un núcleo de hábitos de pensamiento y enfoques para la reflexión sobre la realidad que contradicen, en gran medida, los admitidos hasta ahora.

No podemos entrar en análisis que reclamarían mucho espacio. Nos limitaremos a señalar las notas más salientes de este movimiento en marcha. En primer lugar, la prisa actual y el primado de los aspectos económicos, no sólo en la cultura entera, sino también en la vida de cada cual, impide casi radicalmente aquel considerable margen de “ocio”, que era, para Aristóteles, la condición *sine qua non* del pensamiento, es decir, de la cultura. Las urgencias del instante imponen acá y acullá un trabajo atropellado, provisional, que forzosamente ha de tener sentido y carácter “pragmáticos”. La juventud apenas tiene tiempo más que para cursar sus estudios con miras estrictamente profesionales.

Por otra parte, cada día más el trabajo intelectual toma en todas partes, por exigencias de la tecnificación universal, un cariz más “parcial” en cuanto ha de ser obra de equipos, dotados de costosos elementos técnicos, en los que cada “sabio” no puede ser más que un simple “especialista”, o bien, aunque no lo sea, ha de limitarse a enfocar una parcela del problema total, sin visión del conjunto, exactamente como ocurre, *mutatis mutandis*, en la actividad industrial. Industria e investigación obedecen a idéntico “planismo”.

Además, la realidad más inmediata proclama la superación de un “humanismo” que, si ha de continuar estancado en la interpretación de la simbología representada por la mitología grecolatina, absolutamente nada dice a los hombres de hoy, salvo a los “humanistas” de oficio. Si se hiciese una encuesta objetiva sobre los hombres de menos de treinta años para determinar, no ya hasta qué punto “conocen”, sino en qué medida “viven” la problemática explanada

en las obras griegas y latinas, veríamos en qué grado resulta anacrónica y, por tanto, inadecuada, una educación basada en símbolos que no nos van ya.

Es aquí donde radica la causa del fracaso de tanto plan de segunda enseñanza reducido a variar la dosificación del latín y del griego, cuando lo que ha hecho crisis, a lo que parece irremediable, por ahora, es el conjunto de símbolos, el cosmos de significaciones anejo a las "humanidades". Ya sé que los profesores se niegan a admitir esta verdad, que entra por los ojos de todo el que no esté voluntariamente ciego; pero a veces los profesores son los mayores enemigos de la educación de los jóvenes, particularmente cuando se obstinan en que los muchachos vean el mundo a través de unas lentes estimativas que no les sirven.

¿Quiere decirse que hemos de caer en una enseñanza utilitaria, estrecha, carente de amplitud de visión y de sentido? En manera alguna. Pensamos, por el contrario, que es erróneo el "profesionalismo" a ultranza. Pero es absolutamente necesario actualizar la educación cuando ha cambiado la orientación de la vida. Sin espacio para desarrollarla aquí, señalemos la idea de que es posible una educación perfecta con una reducción de las humanidades clásicas; una ampliación, tanto en el método como en el contenido, de las humanidades modernas, y el tratamiento de las ciencias de la Naturaleza en una medida concordante con las exigencias de nuestro mundo.

Porque lo grave, desde el punto de vista del porvenir de la cultura es, como ha dicho Marcel, que lo universal de la cultura se encuentra hoy en la técnica, mientras el resto son "saberes locales".

#### ENTRE LAS SOMBRAS DEL MAÑANA

No sabemos lo que nos tendrá reservado el porvenir; pero estamos seguros de que será algo distinto del pasado. La "aceleración de la Historia" es un fenómeno patente. Todos los síntomas, sin embargo, coinciden en bosquejar una transformación que se resistirá a la comprensión de los rezagados.

Debemos tener presente que la técnica es, como muestra Ellul, autónoma, aunque tal autonomía nos produzca disgusto... Parece, como dice él, que los remedios a sus excesos y desviaciones hay que buscarlos en ella misma.

Pero tal autonomía, extraña al reino de los valores, no puede

ser admitida, sin más, por nosotros, cristianos y católicos. Frente al reino del “ser” y del “no ser” en sus grados más bajos, que ella representa, está el “deber ser” del reino de Dios y su justicia.

Concediendo a la técnica lo que sea imprescindible, pienso que el secreto de la salvación no ya de Occidente, sino del mundo, reside en una profundización de los valores religiosos dentro de las almas. Creo que el humanismo renacentista, que nos ha nutrido, era demasiado “humanista” y poco cristiano. Parece llegado el momento de construir, desde el cimiento, una “cultura cristiana”, que haga de la caridad su raíz y su cima no sólo en el “saber”, sino en el “vivir”. Tal es la gran aporía de nuestro tiempo. Esa cultura, que está por hacer, será el gran exorcismo que necesita el mundo actual, ahogado por la técnica. Pero acaso el Occidente haya de sufrir antes dolorosas expiaciones.

Adolfo Maílo.  
MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL.  
Alcalá, 34.  
MADRID.

